

PARA MI SEÑOR DE LA COLUMNA

Poder estar a tu lado, Señor, siempre me hace sentir aquí dentro, atrapado en mi pecho, algo diferente. Crea en mi interior una magia que me envuelve nada más pisar tu bendita casa y respirar ese particular aroma que tiene tu Iglesia de Santiago. Tú bien sabes que volver a encontrarme contigo y poder tener una conversación a solas, siempre ha sido especial como necesario, en diferentes momentos de mi vida.

Son muchas las tardes que he vivido a solas contigo y muchos los secretos y los recuerdos que he podido compartir a tu lado... Hoy tengo la oportunidad de mirarte a la cara y con sencillas palabras recordar tantas tardes y tantas inolvidables vivencias junto a Ti, a lo largo de todos estos años.

Toda una vida cerca de Ti, en la que he podido vivir muchos momentos maravillosos y otros, desgraciadamente que no lo han sido tanto, en los que solamente nos hemos encontrado Tú y yo, abriéndome tu corazón para que yo pueda regocijarme en él, llevándome de la mano desde niño, y cogido de tu mano sentir seguridad, amor y paciencia.

Tú bien sabes que siempre estaré eternamente agradecido a mis padres por haberme mostrado el camino que me condujo hacia Ti, mi Señor atado a la columna y hasta tu bendita madre, María Santísima de la Paciencia. Ellos me han enseñado a quereros y a respetaros, por ello doy las gracias, porque he podido comprender el significado de muchas cosas y he tenido la oportunidad de compartir el amor por vosotros, a quienes os llamo mi Cristo y mi Virgen, en compañía de mi familia.

El ser de Santiago, el amor y la pasión por mis Imágenes Titulares siempre ha formado parte de mi vida. Ese sentir lo he llevado con un orgullo especial, porque decirse de Santiago suena diferente, es una forma distinta de ver, de caminar, de respirar, de vivir la vida... Siempre lo he sentido así, y todo el mundo que me conoce bien sabe que lo digo es cierto.

Tú Señor lo sabes bien, hay algo especial con lo que se crece y se vive: humildad, trabajo, sacrificio, valores que te inculcan desde niño y hacen que aprecies más esos pequeños detalles del día a día dentro de una Hermandad.

Con esos pequeños detalles he crecido siempre a tu lado Señor, y por eso quiero seguir con el ejemplo que muchos me dieron y caminar con la misma ilusión hacia adelante. Una ilusión que en determinadas ocasiones creo haber perdido, o si te digo la verdad Señor, no sé muy bien dónde la he dejado olvidada.

Pero cada vez que vuelvo a mirar tu cara serena, ese rostro que también me muestra el dolor, y vuelvo a estar a tu lado, siento como un soplo de aire fresco que me recorre el alma y recuerda a mi corazón lo importante que eres para mí. Hablar contigo hace que todo se me olvide y es lo que me da fuerzas para comenzar de nuevo.

Cuando me fallan las fuerzas, me vence el cansancio, me golpea la vida..., hablar desde dentro contigo, sentirte a mi lado, es sentir cómo me escuchas, cómo me levantas y me tomas entre

tus brazos, es sentir que esas palabras que me dices tienen un brillo especial porque me das la confianza necesaria para mirar la vida de otra manera, para mirar la vida desde tus ojos... haciendo de esos encuentros algo inolvidable en mi vida, unas experiencias que no dejaré que se pierdan en el recuerdo.

A tu lado he podido disfrutar de vivencias imborrables, me abriste las puertas de tu casa y me acogiste con los brazos abiertos para que yo creciera en ella a vuestro lado, abriendo mi corazón y compartiendo contigo los mejores años de mi vida.

En ésta tu casa, he conocido a grandes amigos, amigos que lo serán para toda la vida. Como en las mejores familias con sus más y sus menos, pero al fin al cabo, siempre amigos, con quienes he compartido muchísimas cosas... Pero como todo lo que pasa en esta vida, unos permanecemos aún aquí y otros escogieron caminos diferentes, pero aún por esos otros caminos, sé que siempre permanecerán los recuerdos que hemos vivido junto a Ti y junto a tu bendita Madre.

Juntos hemos crecido y compartido, bajo tu atenta mirada de Padre, un sin fin de momentos maravillosos, momentos que si se pudiera volver atrás por un solo instante, no lo dudaría y volvería a vivir: aquellas tardes de plazuela, de casa de Hermandad, tardes de amistad y compañerismo, en definitiva, nuestras tardes en Santiago.

Siempre lo he dicho porque lo he tenido muy claro, mis mejores años de adolescencia los he pasado aquí, junto a Ti, rodeado de grandes amigos y de grandes personas, y juntos, te hemos rezado bajito, cada uno a su manera, pero seguro que todos desde la devoción y el cariño.

Eran tiempos diferentes, tiempos en los que la amistad, el compromiso, la convivencia, el amor y trabajo por nuestros Titulares eran el pan nuestro de cada día. Tiempos en los que daba igual la hora, siempre estábamos deseando de terminar lo que estuviésemos haciendo para coger la bici y llegar a la casa de Hermandad, allí seguro habría alguien con el que echar la tarde. Siempre había algo que hacer: limpiar, ordenar, guardar alguna cosa en la iglesia o en la casa de Hermandad... siempre teníamos una tarea para hacer y si no, ya se encargaban de buscarnos faena o ya nos la buscaríamos nosotros, quietos no nos íbamos a quedar.

¡Qué buen aroma tenía todo!... Ese puesto de chuchas en el Teatro Cerezo, los belenes, aquellas tardes de pin-pon, los teatros en la casa de Hermandad, las tómbolas, tantos y tantos recuerdos, que todos serían imposibles de resumir en unas breves líneas...

Tú sabes Señor, que hoy aquí hay muchos que han sentido en sus vidas como yo, lo que ahora te estoy contando en voz alta y que Tú mejor que nadie conoces, porque has visto cariñosamente todas nuestras "trastadas", disculpándolas con tu amor de Padre.

¡En cuántas ocasiones me has perdonado, me has escuchado, me has ayudado...! Sólo espero poder devolverte de algún modo, lo mucho que he recibido de Ti.

Para mí es muy difícil poder expresar todos los sentimientos que me abordan. ¿Cómo poder explicar y plasmar en estas breves líneas que te dedico, tantos recuerdos y vivencias que llevo dentro? Este encargo que recibo agradecido, se me hace una tarea un poco complicada, y más

sin ser muy.... Tú ya sabes, Señor, porque me conoces bien... hombre de pocas palabras. ¡Vamos a dejarlo en eso!

Pero sé que Tú necesitas de pocas palabras, que no quieres hermosas frases... prefieres un sentimiento real, verdadero, auténtico, aunque sea de escasa calidad literaria...

Sé que mi mejor forma de escribirte, ha sido con mi vida, porque he crecido junto a Ti, mi Señor atado a esa fría columna y junto a tu bendita Madre, mi Virgen de la Paciencia, y en tu barrio de Santiago me has visto cómo ve iba haciendo mayor.

Junto a Ti he soñado, he reído y he llorado, he sentido y he amado y todo siempre a tu lado, ni un momento me has dejado solo.

Tú me has dado el regalo de vivir maravillosas tardes de Jueves Santo, cada una de ellas vividas de una forma diferente, pero todas ellas iguales de emotivas. Tardes que siempre son distintas a esas otras del resto del año.

Porque las tardes de Jueves Santo tienen un brillo único e inigualable, un aroma que te envuelve y un embrujo que hace que cada año tu barrio de Santiago te espere junto a tu Madre, en esa plazuela repleta, deseosa de poder contemplar esa mirada serena, y volver a acompañarte un año más por las calles de Carmona.

Ya desde pequeño con mi túnica de nazareno empecé a sentirte y a seguirte cada tarde de Jueves Santo y aunque son vagos mis recuerdos dada mi corta edad, todos ellos los tengo presentes gracias a mis padres, que me cuentan mis primeras experiencias cerca de Ti.

Con tan solo dos años vestí por primera vez mi túnica de nazareno con antifaz azul, por vez primera te pude acompañar y aunque ese año mi Estación de Penitencia duró poco, ahí se empezó a fraguar un amor mutuo que se ha ido incrementando y haciéndose cada vez más fuerte y más bonito con el paso de los años, unos años llenos de anécdotas y con algún que otro contratiempo, en los que te he ido siguiendo paso a paso.

Hoy quisiera traer a mi memoria y recordar en voz alta algunos de esos momentos, de esas anécdotas, de esas primeras vivencias a tu lado, de esos primeros pasos junto a Ti.

Cómo no hablarte de mi primera Estación de Penitencia en la que por las inclemencias del tiempo, no pudiste regresar a tu casa y te tuviste que quedar refugiado en la Iglesia Prioral de Santa María, ¡tuve un buen estreno!...

O cómo me iba quedando dormido cada vez que se realizaba una parada en la Estación de Penitencia, cogido de la mano de mi padre y con mi canasto en la otra.

Y cómo no recordar aquella vez que de muy pequeño, mientras la Hermandad discurría por su recorrido habitual, yo me fui abriendo paso entre la gente que presenciaban el paso de la cofradía, inventando por mi cuenta mi propio camino alternativo... Pero es que lo más gracioso de la situación es que las personas allí presentes me fueron dejando pasar...

Las ocurrencias de mi corta edad... de esos primeros años en los que vistes la túnica de nazareno, sin tener conciencia de lo que supone acompañarte, seguir tu cruz...

Recuerdo con una sonrisa esa Estación de Penitencia en la que portando mi cirio y cogido de la mano de mi hermana, iba afianzando mi fe cristiana dentro de la Hermandad. Mi mayor ilusión aquel año era la de poder compartir aquellos momentos junto a ella, no sin que no nos pasara nada... ya que al llegar a la rampa de Santa María y subir mi hermana por ella, resbaló y al caerse, derramó todo lo que llevaba en el pequeño canasto. A ella no le pasó nada, pero eso conllevó un gran revuelo entre los niños que allí se encontraban.

Para los más jóvenes que hemos tenido la oportunidad de crecer en el seno de la Hermandad y de ir formándonos junto a Ti, cada tarde de Jueves Santo era una nueva aventura.

Fueron pasando los años y cada vez participaba más en la vida de la Hermandad, de tal manera que tuve la gran suerte de incorporarme al grupo joven y seguir formándome en la vida cofrade e ir conociéndote más a fondo, Señor. Cada momento que pasaba contigo lo intentaba aprovechar al máximo y disfrutarlo como si fuera el último.

Guardo con especial cariño, por todo lo que ha supuesto para mí, esos primeros años como miembro del grupo joven, desde él tuve la oportunidad de ir integrándome cada vez más en la Hermandad. Nunca podré olvidar esas reuniones en la sacristía de la Iglesia o en la antigua casa de Hermandad o la primera vez que nos reunimos en la sala de exposiciones de la nueva casa de Hermandad... en esos comienzos empezó una nueva vida para mí dentro de la Hermandad, participando más en su día a día.

En esa etapa fui monaguillo en los Cultos, teniendo la ilusión, como los demás jóvenes, de acompañar a nuestras Sagradas Imágenes Titulares en esa tarde mágica de Jueves Santo. Mis primeras experiencias delante de ti como acólito fue portando un cirial, esa luz que anuncia tu llegada al pueblo, más tarde pasaría a ser pertiguero, para después volver a vestir la túnica de nazareno y desde el más absoluto respeto y recogimiento, seguir acompañándote en ese esplendoroso día.

Aunque Tú bien sabes, Señor, que mi mayor ilusión desde niño siempre había sido la de ponerme un costal y una faja y llevarte sobre mí... Añoraba ese día, soñaba con que alguna vez se hiciera realidad, te recé cada noche imaginándome cada segundo de cómo sería el momento que tanto tiempo llevaba esperando, con la certeza de que sería un día especial.

Cada año al llegar la fecha de la igualá, me acercaba para ver si tenía suerte, y aunque fueron varias las ocasiones en la que me quedé con la miel en los labios, aún recuerdo con una enorme alegría, cómo en una de esas igualás me dijo Macedo: *“¿Tienes el costal y la faja por ahí?”*. Lógicamente no las tenía, no me imaginaba nunca que este año iba a ser diferente... *“¡Pues pega un salto y llégate, que hoy vas a ensayar!”*...

No me lo podía creer, la satisfacción y el orgullo que recorrió en aquel momento todo mi cuerpo es indescriptible, imposible de contar con palabras. Si antes me lo dice, antes me planto yo allí con mi ropa dispuesto a probar y empezar así a cumplir ese sueño, que desde niño, había buscado, y que tanto me había costado conseguir... ¡Ya por fin estaba muy cerca de verlo cumplido!.

Imaginarme como sería ese día era muy difícil: las sensaciones de la horas previas, el deseo de vivir ese momento que tanto anhelaba... hacía que cada ensayo lo viviera de una manera

especial, aunque para algunos fuera algo rutinario y meramente necesario, para mí todo era nuevo, quería aprovechar la oportunidad que me habían dado al máximo.

Fueron tantas las veces que había hablado contigo Señor y tantas las que te había rezado para pedirte que me dejaras llevarte sobre mí, que por fin cumpliste tu promesa de ir juntos una tarde-noche de Jueves Santo, Tú arriba mostrando tu mansedumbre y yo abajo, ceñido en negra faja, amándote con mi esfuerzo.

Al fin llegó ese maravilloso día, ¡y vaya día! Desde muy temprano ya se hacía presagiar dentro de mí que iba a ser un día diferente.

En la mañana todo un cúmulo de sensaciones totalmente incomparables a otras, junto a un nerviosismo un tanto especial, se iba instalando en mí conforme se aproximaba la hora. Los sentimientos afloraban por sí solos y el orgullo de poder sentirme parte de tu cuadrilla de costaleros era tan grande, que no veía ese momento de escuchar el singular y especial sonido que tiene el cerrojo de la puerta principal de tu iglesia de Santiago, con el que se anuncia año tras año el comienzo de tu caminar por las calles de Carmona.

Lo que tanto tiempo había soñado, lo que tanto había esperado, lo que siempre había añorado y estaba a punto de acariciar, con la llegada de la tarde y un puñado de nubes negras, como en esos momentos oscuros de la vida en los que parece perderlo todo... se fue alejando lentamente de mis manos, porque en esa tarde ese inconfundible sonido no se escucharía, ese cerrojo aquella tarde no se abrió, la caprichosa climatología impedía realizar la Estación de Penitencia y con ella, poder ver cumplido mi sueño.

No podía creer lo que me estaba pasando, las lágrimas inundaron mis ojos mientras me refugiaba en tu mirada. Rezándote bajito te volvía a pedir una nueva oportunidad... yo te esperaría otro largo año, estaría ahí como cada día, con la misma ilusión de siempre, no me importaría aguardarte para sentir tu amor bajo tu paso, junto a mis hermanos de trabajadera, porque para mí era y siempre será más que un privilegio sentirme tu costalero, mi Señor en la Columna, ser costalero de la Hermandad de Santiago.

Y como no hay mal que cien años dure, tras un largo año de espera, ese día tan ansiado para mí al fin se hizo realidad, nada podía impedirlo esta vez.

Cuántos sentimientos mezclados a lo largo del día, cuántas veces hablé contigo en esas horas previas, el sueño que desde niño llevaba soñando de ir juntos una tarde de primavera, estaba a punto de verse cumplido.

Describir cada momento con palabras es imposible, es tanto lo que llegas a sentir que la palabra se queda pequeña, no llega a abarcar la sensación que te recorre todo tu cuerpo en cada chicotá.

Aún tuve que esperar un poco más Señor, para dar esa primera chicotá, esos primeros metros en los que Tú y yo, por fin caminásemos juntos, acompasados... Tuve que aguardar a un primer relevo al final de la calle Calatrava.

Cuando por el costero derecho me disponía a introducirme por primera vez debajo de tus trabajaderas, mientras buscaba mi lugar entre la penumbra de los rojos faldones, por mi corazón y por mi mente fueron pasando infinidad de sentimientos, tenía la certeza de que mucha gente se alegraba por mí ya que sabían cuánto significaba ese instante en mi vida, cuánto tiempo llevaba luchando para conseguirlo.

Mi cuerpo vuelve a temblar sólo con recordar esas horas... Son muchas las imágenes que llegan a mi memoria de esa primera Estación de Penitencia como costalero de mi Cristo en la Columna, como costalero de mi Señor.

Cómo olvidar esa recogida, era la primera vez que llevaba sobre mí al Rey de Santiago de vuelta a su casa. Impactante el momento en el que rachean tus zapatillas por las piedras de una plazuela abarrotada de gente, viendo sin ver bajo las trabajaderas, cómo el silencio se hace latente en cada persona. Todo enmudeció contemplando a ese Cristo flagelado y cansado, acompañándolo en un respeto absoluto en el regreso hacia su sagrado templo.

Han sido varios años los que he tenido el orgullo de poder acompañarte, de llevarte con el más inmenso de los cariños sobre mi cerviz y aunque Tú sabes que lo intentaba con toda mi alma, que cada chicotá la daba con el corazón, poniendo toda mi alma en cada paso, también sabías como yo, que no sería por mucho tiempo y que tarde o temprano ese sueño terminaría.

Me costaba tanto aceptarlo, era tan difícil volver a pensar que ya no te podría llevar sobre mí, reconocer que todas esas ilusiones que un niño creó una vez, se volvían a desvanecer...

Pero tu inmenso amor todo lo puede, y Tú no has querido que me separe de Ti, que siga caminando muy cerquita tuya, sin perder de vista tu majestuosa figura, regalándome nuevas e inolvidables estaciones de penitencia... Sólo has hecho que cambie el costal y la faja, por un traje negro, y has colocado mi trabajadera en el zanco trasero derecho... Desde allí puedo ayudar como lo hacía desde dentro, a mis hermanos de costal e ir al mismo tiempo de tu mano, rezándote, mientras contemplo esas llagas ensangrentadas de tu espalda, que reflejan ese calvario que cada Jueves Santo, que cada día, sufres por tus hermanos.

Es todo un regalo seguir junto a Ti, Señor, así como un orgullo del cual puedo presumir: pertenecer a la señera cuadrilla de capataces de mi Hermandad, como orgulloso estoy de formar parte de su Junta de Gobierno.

Desde el primer día que fui llamado para ser miembro del Cabildo de Oficiales, he intentado colaborar en todo lo que estaba en mi mano, poniendo voluntad, sacrificio y trabajo cada día a lo largo de todos estos años y con esas mismas intenciones y deseos seguiré, igual que seguiré creciendo y formándome como hermano, siempre junto a Ti, mi Señor en la Columna.

Sé que nada nuevo te he contado en este ratito de intimidad abierta en la que cara a cara nos estamos hablando, nos estamos mirando.

Quisiera decirte tantas cosas... pero me faltan palabras... Poco puedo decirte Señor, si Tú lo conoces todo sobre mí. Sabes de mis aciertos y de mis errores, de mis sueños y de ilusiones, de mis fracasos y de mis desesperanzas. Me has visto crecer bajo estas benditas paredes, has

estado junto a mí en mis alegrías y en mis penas, en cada momento de mi vida, mostrándome siempre tu sereno rostro y mirándome con cariño.

Ahora que todo va llegando a su fin y antes de que tus hijos en un acto solemne te acompañen hasta tu Paso procesional desde el que podremos seguirte en una nueva tarde de Jueves Santo, quisiera pedirte perdón, perdón por todo aquello en lo que te he podido fallar, por todo aquello que hice mal... Perdón, porque al estar junto a Ti me tiemble la voz y no sea capaz de hablar al estremecerse mi alma, por no ser capaz de contar a los demás todo cuanto Tú eres y significas, Dios atado por amor a una columna.

Y sabiendo de tu perdón y de tu misericordia, antes de marcharme quisiera a través de Ti, enviarle un beso a mis abuelos que sé que están ahí contigo, mirándome y velando por mí.

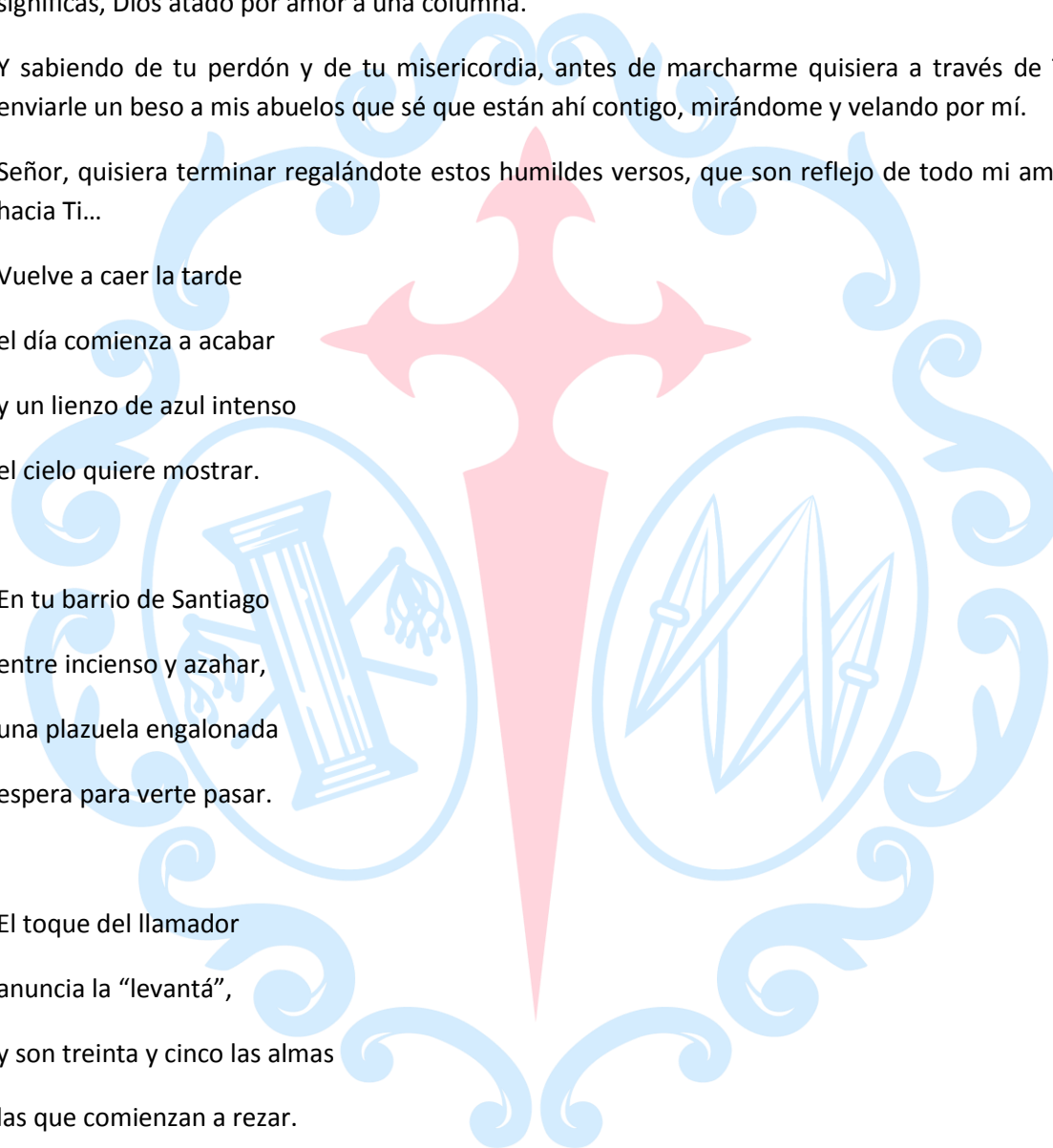
Señor, quisiera terminar regalándote estos humildes versos, que son reflejo de todo mi amor hacia Ti...

Vuelve a caer la tarde
el día comienza a acabar
y un lienzo de azul intenso
el cielo quiere mostrar.

En tu barrio de Santiago
entre incienso y azahar,
una plazuela engalonada
espera para verte pasar.

El toque del llamador
anuncia la "levantá",
y son treinta y cinco las almas
las que comienzan a rezar.

Los corazones se estremecen
al verte al dintel llegar,
y Tú, mi Rey de Santiago,
mirando a tu pueblo estás.



Vamos con Él al cielo
más esa derecha atrás,
que el vecino más viejo
el que es más ejemplar,
quiere estar con su barrio
y su barrio esperándolo está,
a que salga de su templo
y camine con su Hermandad.

Esos valientes costaleros
a su pueblo lo van a presentar
¡ese costero a tierra,
esa derecha atrás!

Ya mi Cristo está en la calle
otro Jueves Santo más,
con su mirada serena
para a su pueblo perdonar.

Ellos pacientes te esperan
para poderte aclamar,
mi Rey de Santiago
¡esa derecha atrás!

José M^a García Cobano

21 de marzo de 2010